

Marcelo Luján. El escritor argentino, radicado en España, acaba de publicar *La claridad*, tras ganar el prestigioso premio Ribera del Duero. ¿Por qué será que sus cuentos perturban en tiempos de pandemia?

POR MARINA ARTUSA (DESDE MADRID) FOTOS: CEZARO DELUCA

Puede que haya sido el desarraigo. Los kilómetros de ida y vuelta entre Mataderos y Madrid que llegó a hacer hasta cuatro veces en un año.

Puede que haya sido el desarraigo o lo impredecible: “Le damos muy poca importancia al azar en nuestra vida como individuos. ¿Qué hubiese pasado de no estar hoy aquí?”, es una de sus preguntas retóricas favoritas.

Puede que haya sido todo eso o una pizca lo que hizo de Marcelo Luján un escritor exquisito para convertir lo que el destino craneó para nosotros sin que lo imagináramos en un libro de cuentos, como el último que escribió, tan sólido en materia literaria que, cuando uno lo tiene entre manos, da descarga.

Luján lo confiesa: se siente a gusto cuando inyecta en sus ficciones esas dosis de desgracia inesperada que yacen agazapadas en lo cotidiano. “Trabajo mucho en la variable de la cotidianidad. Es lo que más me interesa. Porque en la situación de cotidianidad no esperamos la desgracia y, a lo mejor, el azar nos la tiene guardada –dice el argentino–. Me resulta más sencillo poner al lector contra las cuerdas en esas situaciones de absoluta cotidianidad, de claridad, donde, desde luego, lo oscuro resalta todavía más.”

El libro del que hablaremos durante

más de dos horas en una mesita al aire libre en la Plaza del Dos de Mayo del barrio de Malasaña, en Madrid, se llama *La claridad* y recibió el premio Ribera del Duero, el más prestigioso y jugoso en moneditas –50 mil euros– para el género *cuento* en España.

Lo premiaron, entre otras virtudes literarias, por contar historias sobre el mal no planificado, ese daño que podemos provocar o sentir sin que lo veamos venir.

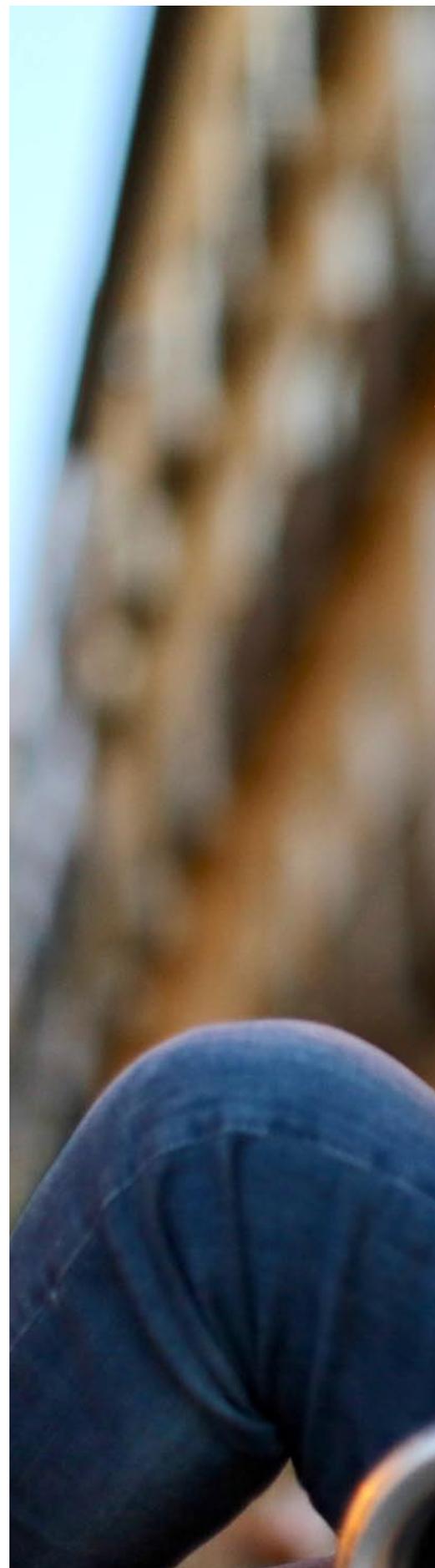
¿Qué vuelve atractivo el mal?

A mí me interesa el mal no planificado. El mal absoluto es el mal planificado. Tenemos Auschwitz, por ejemplo, donde la maldad se planificó. Hay un cuento de (Ambrose) Bierce que trata de un soldado que va caminando y siente que pisa una mina antipersonal. Está solo y sabe que si levanta el pie, muere. En la batalla, en la guerra, el mal está latente. Pero en una situación de calma cotidiana con la que el lector puede experimentar empatía, me atrae inocular esa gota de veneno que es el hecho extraordinario. El azar es el elemento indispensable.

¿Qué es el azar si lo que nos va sucediendo depende de las decisiones que nosotros mismos vamos tomando?

Hay escalones en el azar. Me refiero al azar más como un componente superestructural, que está todo el tiempo entre nosotros y al que tal vez no le prestamos

TENERAL LECTOR CONTRA LAS CUERDAS





**EN UN BARDE
MALASAÑA.**

En el barrio más cool
de Madrid, el escritor
le cuenta a *Viva* que
lee el diario *Olé*.

la atención que se merece. No soy cabulero pero hace mucho tiempo que me pregunto cosas como “¿qué habría sido de mi vida si no me hubiera levantado un día y hubiera dicho ‘Me quiero ir a vivir al extranjero?’”. Necesito una explicación de por qué entré en ese crepúsculo de invierno a esa cafetería de este barrio, que estaba llena, y no a otra y me senté al lado de la chica que estaba mirando su celular, analógico por entonces, y que, finalmente, cambiaría mi vida.

¿Cuál es la repuesta?

No la sé. Tal vez por eso la busco en las ficciones.

La pluma de Luján lastima, abre heridas sutiles de bisturí. Sus cuentos hablan de desgracia, de belleza, de deseo.

¿Cómo manobra un escritor con la angustia en el lector que pueden generar sus relatos?

Que un texto genere sensaciones es un objetivo cumplido. Es un piropero. No digo que tu vida vaya a cambiar después de leer un cuento de *La claridad*, pero que no te dé igual lo que estés leyendo... Los escritores, además de escribir para que nos lean, tenemos que tener un proyecto literario y una postura ante la literatura. Me parece importante tener un punto de anclaje.

¿Elegís perturbar?

A lo mejor, las historias que cuento son negras, en el sentido más amplio del *noir*. Es un gusto personal mío.

¿Sentís que vivimos al borde de la catástrofe?

No, no lo creo. A lo mejor hay que partir del origen. Nací en Capital, en un barrio muy pegado al conurbano, donde el peligro, entre comillas, estaba muy latente. No nací en Oslo. Me gusta mucho la tragedia griega clásica. En uno de mis cursos de género negro, un ejercicio que hago consiste en proponerles a los que asisten que elijan un cuento infantil clásico, que ya de por sí es oscuro, y lo reescriban para un público adulto. *Hansel y Gretel*, *El soldadito de plomo*... Son cuentos terribles. La oscuridad ya está en los cuentos clásicos, en los cuentos de hadas.

Podríamos decir que tu literatura se



MARCELO LUJÁN

NACIMIENTO

EN 1973, EN BUENOS AIRES

LIBROS DE RELATOS

FLORES PARA IRENE, EN ALGÚN CIELO, EL DESVÍO, LA CLARIDAD

NOVELAS

LA MALA ESPERA, MORAVIA Y SUBSUELO



EL LIBRO: LA CLARIDAD

Publicado por Página de Espuma, es una colección de seis cuentos donde se desarrolla una visión originalísima de la literatura “noir”. El libro ganó por unanimidad el VI Premio Ribera del Duero. El jurado estaba compuesto por escritores como Oscar Esquivias, Clara Obligado y Fernando Aramburu.

apoya en la oscuridad que nos acompaña desde chicos...

Los cuentos infantiles clásicos son todos oscuros. Y, por supuesto, la Biblia también lo es. Si le quitamos el componente religioso y la tomamos como texto, cuenta historias terribles. El tratamiento de lo satánico, de la muerte, de la resurrección, de los zombies, de las traiciones...

Marcelo Luján, un modelo ‘73, hijo de una española que fue exportada a la Argentina de chiquita, aterrizó en Madrid el 30 de abril de 2001, ocho meses antes del estallido y del corralito. Era de noche y se fue a dormir con la ilusión de devorarse la ciudad al día siguiente. Pero amaneció y era 1 de mayo. “Estaba todo cerrado. Y me pasó lo mismo el 2 de mayo, que es un súper festivo en Madrid. Fue una decepción”, recuerda.

No le costó, sin embargo, apropiarse de la ciudad. Hoy vive en Aluche, un barrio al sur de Madrid. Por ahí pasaba una antigua vía romana que, con los siglos, dio paso a un campo de trigo que en los ‘60 se fue transformando en un barrio obrero (ahora lo habitan más de 70 mil vecinos).

“Yo me levanto y abro el *Olé*. No me avergüenzo –admite–. Soriano y Fontanarrosa ya dijeron que fútbol y literatura pueden convivir.”

A Luján lo inquieta escribir desde el extranjero. “La composición narrativa va variando sin que yo tenga conciencia. Yo ya no podría escribir una novela en rioplatense. Lo digo con dolor –admite–. Tendría fallas de registro, de verosimilitud. Los personajes no pueden decir ‘loco’ todo el tiempo como en los ‘80. Se está generando un mestizaje lingüístico de la lengua castellana por los latinoamericanos que escribimos desde España.”

¿Te seguís sintiendo visitante luego de 20 años en Madrid?

Sí, pero no es un problema. No pasa nada. Nuestra generación no tuvo el problema del éxodo obligatorio. Siempre pensé que era fácil volver, que me sacaba un pasaje y en diez horas estaba en mi casa. Los primeros años volvía muy seguido a Buenos Aires. Y una vez, hasta me saqué un billete de un día para el otro para ir a ver a San Lorenzo en una final, en 2001. Había jugado un partido un



miércoles y lo había ganado. Volvía a jugar el sábado y si ganaba, era campeón. Ese jueves volé a Argentina.

¿Pesa el desarraigo en la manera de escribir?

La concepción de la ficción es muy particular. Ya es difícil el proceso creativo como para encima tener problemas discursivos, es decir, cómo escribo, cómo hablo. Uno se va adaptando de un modo natural al contexto. Cuando vine a vivir acá, con 26 años, era joven y valiente. Ya no soy ninguna de las dos cosas. En mis primeros libros me sentía incómodo, impostado.

¿Por qué?

Llevaba ya cinco años acá y mi primera novela fue sobre un argentino que llevaba cinco años en Madrid. Que podía decir “vale” y “boludo”. Somos extranjeros y eso siempre va a ser así. Siempre pongo el ejemplo de Cortázar, que se

LOS DIALECTOS. Desgarrado entre el lunfardo porteño de los '90 y el lenguaje de la España actual, Luján confiesa no saber ya cómo enojarse: si en argentino o en español.

...
“NACI EN UN BARRIO PEGADO AL CONURBANO, MATADEROS, DONDE EL PELIGRO ESTABA MUY LATENTE. NO NACI EN OSLO.”

fue a vivir a un país de habla no hispana. Su castellano se congeló. Si pensamos en *Los premios* y en *Queremos tanto a Glenda*, dos libros que tienen 20 años de diferencia, el registro es el mismo. Podríamos decir, con todo respeto, que *Queremos tanto a Glenda* tiene un problema de registro. Los personajes de los '80 hablan como en los '60 porque él no tuvo opción con el castellano. No se le contaminó como a los latinoamericanos que estamos en España. Y cuando hablo de “contaminar”, no lo digo como algo peyorativo.

¿La lengua es al final un refugio o una mochila?

Desde el punto de vista lingüístico, a veces me siento desamparado. Por ejemplo, si me enoja, jugando al fútbol o con un vecino. Si me enoja en español, no cunde, el otro no se asusta. Y si le hablo en argentino, lo hago bien, pero tampoco se asusta porque no termina de entender el enojo.

Gran parte de tu obra ha sido premiada. ¿Por qué apuntás tanto a los certámenes literarios?

Que te lea un jurado que no te conoce es la mejor criba del mundo. Nos sirve como escritores para medirnos. Mis cuatro primeros libros, incluida mi primera novela, se editaron porque ganaron premios que, además de la dotación económica, incluían la publicación. Es uno de los caminos. Suelo decirles a los chicos en la Escuela de Escritores: “Preséntense. Siempre hay alguien que lee”. Lo decía Alicia Steimberg. Y no hablo sólo de ganar. Quedar finalista, estar entre los veinte seleccionados, ya quiere decir que el texto funciona. También es un incentivo en una carrera muy de fondo, bastante ingrata en muchos sentidos, muy azarosa.

¿Puede que haya sido puro azar que el libro llegue a la Argentina justo ahora, en estos días difíciles de cuarentena y pandemia?

La claridad sale a luz en un momento de gran oscuridad. La pandemia que nos toca vivir tiene ese carácter azaroso que nos angustia y nos puede cambiar la vida. Esto que está pasando y el modo en el que planteo las historias que cuento muestran la misma fragilidad: lo poco resistentes, lo débiles que somos. ■